

ZAVALA: ¿TRAIDOR O PROFETA?

Francisco LOPEZ CAMARA

AMENO, DOCUMENTADO y bien traducido al español es este libro del historiador norteamericano Raymond Estep sobre la vida política de Lorenzo de Zavala.*

Es ya cuento viejo el del Zavala "traidor", y el libro de Estep trata justamente de acabar con el mito. Sin embargo, a quienes fueron alumnos de aquellos profesores que enseñaban la historia patria como una procesión de "milagros" e "impiedades", esta obra habrá de parecerles un intento de justificación histórica, a la texana, de algo absolutamente injustificado desde el punto de vista mexicano y patriota. Porque, en efecto, el Zavala que nos presenta Estep en su libro resulta bien distinto de aquel que aprendimos a execrar en nuestros primeros cursos de historia patria. Este nuevo Zavala no sólo no es un traidor a México, sino que incluso se revela como un "profeta" y "el más grande liberal mexicano de su tiempo, más grande que Gómez Farías" (p. 14). Un profeta al que, en lugar de odiar, debemos venerar. Las razones que tiene el autor para invitarnos a ello son, expuestas de manera sintética, las siguientes:

a) Zavala fué tan traidor a México como lo fué en todo caso a España, al coadyuvar en su derrota y contribuir de modo sobresaliente en la integración de la República Mexicana. No puede ser considerado como traidor aquel a quien sus convicciones liberales llevaron, primero, a combatir contra una nación que a sus ojos encarnaba el más nefasto despotismo y, después, a tratar de destruir en su propio país el gobierno que había acabado por negar los ideales y los frutos de la Independencia. Tanto al militar prominentemente dentro de la política mexicana frente a España, como al convertirse en una de las figuras centrales de la rebelión texana contra México, Zavala no hizo otra cosa que ser leal a sus principios liberales

* Raymond ESTEP, *Lorenzo de Zavala, profeta del liberalismo mexicano*. Trad. de Carlos A. Echánove Trujillo. Pról. de Carlos E. Castañeda. Lib. de Manuel Porrúa, México, D. F., 1952, 358 pp.

y consecuente con ellos. Por otra parte, la nueva República Texana se constituyó sobre un territorio que el propio Zavala había ayudado a colonizar desde 1828, y en el cual tenía fuertes intereses personales. Y, finalmente, el hecho de haber nacido y vivido durante su primera juventud en Yucatán (que, por su especial situación, permanecía casi al margen de la política nacional) “predeterminó” a Zavala como un partidario acérrimo del federalismo. Semejante factor justifica en buena parte la intervención que tuvo posteriormente en la separación de Texas. Esto por lo que toca al cargo de “traidor” a México.

b) Nuestro país debe mucho a Zavala por su decidida contribución a la causa republicana y democrática de sus primeras instituciones liberales. Fué él uno de los personajes que más ayudaron a la integración de México como país independiente. A Zavala se debieron en buena parte muchas de las orientaciones y decisiones que encauzaron la vida institucional de nuestro país durante la década 1822-32, años de gran in-experiencia y desconcierto. Primero como uno de los miembros más destacados del Congreso de la Unión, y más tarde como gobernador del Estado de México, secretario de Hacienda y ministro plenipotenciario ante la Corte de Francia —sin contar sus actividades extraoficiales como luchador por la independencia de México, como figura sobresaliente en la formación y dirección del partido liberal y como factor decisivo en muchos acontecimientos históricos de importancia—, Zavala dió siempre innegables y valiosas aportaciones al progreso político y social de su país.

c) Pero, además, el pensamiento y la obra social de Zavala —por lo menos durante su actuación en México— hacen de él un verdadero precursor y planificador de muchos de los ideales programáticos y de las posteriores reformas políticas defendidos por el liberalismo mexicano. Partidario del federalismo, de la separación entre la Iglesia y el Estado, de la instrucción pública como vía para superar el atraso nacional y contrarrestar la influencia nefasta del clero y demás clases explotadoras, campeón de la reforma agraria y de una completa organización del sistema financiero, y, en fin, visionario de muchos otros postulados políticos y sociales, Zavala es uno de los primeros pilares y el más acabado profeta del liberalismo mexi-

cano. La prueba de ello es el haber sido adoptado más tarde su programa por el partido liberal.

Tales son, a grandes rasgos, las tesis y conclusiones principales del libro de Raymond Estep, por lo que toca al enjuiciamiento que debe hacerse de Zavala. Lo demás —salvo la parte relativa a Texas, que tiene su interés propio y sin duda no carece de cierta originalidad— es telón de fondo y, en todo caso, erudición corroborativa. Es de lamentar, sin embargo, que el autor no haya destacado suficientemente, en el contexto de la narración, esas tres grandes conclusiones de interpretación histórica, tan exactas como fundadas, y, en cambio, se haya alargado —a veces de un modo fastidioso— en un sinnúmero de detalles cronológico-biográficos del todo inútiles para el propósito central del libro.

En efecto, por las aclaraciones preliminares del propio Estep, su obra no pretende ser una reconstrucción biográfica o una “semblanza” puramente apologética. Su intención fué más bien (como se indica en el prefacio), primero, llenar una laguna en la historiografía acerca de Zavala, pues se sentía la “ausencia de un juicio crítico sobre quien fué un sincero amigo de los Estados Unidos de América”, ya que “ningún otro mexicano de su generación comprendió tan bien como él la necesidad de considerar al vecino del Norte como un modelo para la formación de la nación mexicana” (recuérdese que el libro fué escrito originalmente para un público de habla inglesa); segundo, investigar cuál fué la contribución de Zavala a la revolución de Texas, puesto que los historiadores de este Estado de la Unión Americana apenas han concedido importancia a los hispanoamericanos que tuvieron un papel en ese suceso histórico; y, tercero, como consecuencia de lo anterior, un estudio de la aportación de Zavala a la organización de la República Mexicana, tanto por su pensamiento como por sus actuaciones en los diferentes cargos que desempeñó.

Las tres finalidades del libro de Estep invalidaban, pues, de antemano, las curiosidades eruditas o biográficas que desgraciadamente lo inundan, sin que en muchas ocasiones vengan siquiera al caso (como, por ejemplo, aquel hollywoodense pasaje del capítulo destinado al análisis riguroso de la actuación legislativa de Zavala durante 1822-26, en el que, de buenas a primeras, se nos aparece el político yucateco convertido

en todo un *cow-boy* texano que, en una diligencia, ante una dama noble y viéndose asaltado por siete villanos, saca rápidamente la pistola, mata a uno de ellos, aprehende a otro y hace correr a los demás).

Digo que el libro de Estep habría ganado mucho si, en vez de extralimitarse en la narración de las peripecias—debidamente anotadas y documentadas—, hubiera precisado y ordenado más sus conclusiones críticas sobre el significado histórico de Zavala, tanto para la historia de México como para la de Texas. Después de tantas aventuras y tantas notas, el capítulo final (“Zavala, profeta del liberalismo mexicano”), que es donde se intentan sintetizar e interpretar las distintas conclusiones que se han ido sacando a lo largo de los anteriores, más parece un panegírico que un juicio crítico de conjunto. En otras palabras: la exagerada minuciosidad biográfica y el excesivo análisis fragmentario acaban por desarticular el juicio crítico, a tal grado, que cuando trata de formularse de manera sintética, los hechos e interpretaciones que lo respaldan han quedado tan diluídos y reiterados en la narración, que ya no parece una conclusión final, sino una serie de verdaderas perogrulladas.

Poco tiene de objetable el libro de Estep por lo que hace a su fondo, pues, fuera de esas tres “tesis” que he mencionado antes y algunas otras apreciaciones secundarias, no es sino la narración minuciosa y ampliamente documentada de las actividades políticas de Zavala, conocidas o desconocidas hasta ahora, desde que hace sus pininos políticos en Yucatán hasta su muerte en Buffalo Bayou, Texas. En todo caso, lo importante de ese amplio relato histórico es la abigarrada acumulación de datos sobre la vida política de su personaje, que en muchas ocasiones sirven para precisar o completar algunas facetas poco conocidas de ella. Por ejemplo, en lo que se refiere a la participación de Zavala en el proceso de conspiración texana o, en menor medida, al papel desempeñado por él en la trama oculta que preparó el cuartelazo de la Acordada.

En cuanto al método de investigación e interpretación históricas empleado en el libro, el autor sigue un simple y sencillo sistema, consistente en dividir la vida política de su héroe en tantas etapas cuantas fueron sus actividades principales, y echarse a rastrear en bibliotecas y archivos cada uno

de los pasos realizados por él, registrando fechas exactas —que dan pie a frecuentes polémicas marginales—, datos precisos o hechos comprobables. Una vez llevado a cabo esto, se narra con gran detalle lo investigado, procurando destacar oportunamente los hechos, actos e ideas que puedan servir para formular una apreciación más o menos exacta acerca del personaje estudiado, tanto desde el punto de vista de ciertos acontecimientos históricos, como por lo que se refiere a la significación, también histórica, de su pensamiento político. Pero repito que en este caso la excesiva narración se traga a las tesis interpretativas. El lector tiene que extraerlas con pinzas para que cobren su verdadera fuerza historiográfica.

No se piense, sin embargo, que la obra de Estep carece de méritos. El principal de ellos consiste, sin duda, en haberse impuesto al gigantesco material histórico que el autor tenía en sus manos, logrando una narración limpia e interesante de lo que fué la vigorosa personalidad política de Zavala. Es frecuente el caso de muchos investigadores que, incapaces de controlar el gran acopio de material que han llegado a reunir, comienzan por escribir libros de historia y acaban redactando verdaderos manuales de contabilidad histórica. No es de esta clase el libro del historiador norteamericano: en él se ha sabido conciliar la amplia erudición documental con el buen gusto en la exposición y la amenidad en el relato; y quizá lo que desde el punto de vista técnico le hemos reprochado —la excesiva narración— sea a la postre una ventaja: así se le puede digerir sin trastornos. Otro de los méritos de la obra es la acertada combinación de sucesos puramente biográficos con acontecimientos nacionales, para presentar, hasta donde lo permitían el propósito y la idea que de la historia tiene el autor, un panorama interesante de la política mexicana durante aquel período anárquico y turbulento de nuestro pasado. El libro, en fin, es una buena contribución a los estudios históricos de esa época y, desde luego, una obra imprescindible para el conocimiento de Zavala en su relación con México y con Texas.